

## Enfermedad y conciencia

Siguiendo la idea del último artículo de esta serie, "El creyente y la enfermedad", hay que examinar empíricamente qué formas mórbidas tienen un sentido en la existencia de una persona, no sólo destructivo, sino positivo y realizador. El campo de las enfermedades mentales es uno de los más idóneos para ilustrar el sentido beneficioso de algunas enfermedades. En este contexto son de destacar los rendimientos físicos, intelectuales y aún emocionales de las denominadas fases hipomaniacas de la psicosis maniaco depresiva (enfermedad mental que se caracteriza porque el paciente sufre alteraciones del estado de ánimo que en unas ocasiones le sumen en la depresión, la inactividad y la inoperancia psicoafectiva, y en otras vive fases de exaltación de su estado anímico que pueden ser productivas y beneficiosas para su rendimiento psicosociolaboral); asimismo es necesario tener en cuenta los contenidos de las creaciones artísticas de los enfermos depresivos; las experiencias metafísicas de los esquizofrénicos y sus grandes realizaciones pictóricas: Van Gogh y Strindberg.

Existe una relación muy estrecha entre enfermedad y conciencia, hasta tal punto que la percepción que tenemos de nosotros mismos y de nuestro entorno depende del estado de nuestra conciencia, el cual, a su vez, está influido por los procesos morbosos o enfermedades que padecemos.

Desde el punto de vista psicoanalítico, y asimismo bíblico, según creemos, la conciencia se corresponde, en la persona, con aquella esfera de nuestra intimidad psíquica y somática que denominamos el YO.

Son muchos y muy diversos los ejemplos que la Biblia nos presenta sobre cómo los trastornos, tanto físicos como psíquicos, influyen no sólo sobre el estado de ánimo de las personas que lo padecen sino sobre la conciencia que las mismas tienen sobre su realidad personal (conciencia del yo), sobre su mundo entorante (conciencia metafísica).

Vamos a ilustrar el pensamiento que venimos desarrollando recurriendo a tres ejemplos registrados en las Sagradas Escrituras: la depresión del rey Saúl, el trastorno mental de Nabucodonosor y los endemoniados del Nuevo Testamento.

Cada uno de estos ejemplos nos enseña cómo los diferentes trastornos psíquicos o mentales que los seres humanos podemos padecer actúan favoreciendo una ampliación del campo de nuestra conciencia. Nos interesa, de manera primordial, el estudio de la ampliación del campo de la conciencia en el sentido de la conciencia metafísica o de la conciencia de Dios.



**José Manuel González Campa**

*médico psiquiatra, está considerado como uno de los grandes científicos europeos del momento actual.*

Aquellos que están familiarizados con el estudio de las Sagradas Escrituras, habrán notado que el primer rey que tuvo el pueblo de Israel, el rey Saúl, padecía serios trastornos mentales y emocionales. El relato de su enfermedad se explicita de manera clara en el primer libro de Samuel, capítulo 16 y versículos 14 al 23. La forma en que la Biblia describe, fenomenológicamente, las alteraciones psicopatológicas del rey Saúl resulta un tanto peculiar y extraña a la luz de los actuales conocimientos sobre las enfermedades mentales y las causas que las originan. En 1ª de Samuel 16:14-15, se dice: "El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová. Y los criados de Saúl le dijeron: He aquí ahora, un espíritu malo de parte de Dios te atormenta". Una interpretación literalista de los textos nos llevaría a elaborar una concepción errónea sobre la etiología (causa o causas) de la enfermedad que padecía Saúl. Por el camino de la interpretación literal podríamos desembocar en la convicción de que estaba endemoniado. Una conclusión de este género está, desde el punto de vista científico y teológico, fuera de toda posibilidad. Hoy podríamos afirmar que Saúl padecía una distimia depresiva (distimis=trastorno del estado de ánimo) o una depresión endógena (lo endógeno es aquello que suponemos que se altera, dentro de nuestro sistema nervioso central, pero que desconocemos), que evolucionaba con períodos eutímicos (estados de ánimo normales y adecuados a la realidad) intercalados con fases depresivas profundas, en las cuales sufría alteraciones de su estado de ánimo y de su conducta. En definitiva, hoy diríamos que el rey Saúl padecía alguna alteración genética que constituía la infraestructura causal de sus padecimientos psíquicos. Consideramos que la propia Biblia apoya nuestra conclusión cuando nos dice el tipo de terapéutica que se pensó con la finalidad de mejorar o aliviar los padecimientos del rey: la música constituye una terapia excelente para muchos trastornos emocionales y mentales, al actuar sus efectos no sólo sobre la esfera de la intimidad noética (mental) y psíquica (emocional), sino sobre el propio funcionamiento bioquímico (orgánico) cerebral.

Pero lo que más nos interesa en este caso es cómo estos padecimientos timopáticos (depresivos) del personaje que venimos analizando influyeron sobre su yo, dándole una conciencia de sí mismo, de su realidad entornante y de su propia relación con Dios diferente de la que tenía antes de comenzar a padecer sus alteraciones psicoafectivas.

El segundo caso que queremos analizar es un ejemplo más paradigmático y resulta más didáctico para esclarecernos el efecto de los padecimientos psíquicos sobre el estado de conciencia de un individuo. Por circunstancias que no podemos analizar con más detalle en este lugar, el rey del imperio babilónico, Nabucodonosor, sufrió un profundo trastorno mental que motivó a sus súbditos y a las superestructuras de su gobierno a deponerlo de su trono e incapacitarlo para ejercer sus funciones políticas durante algún tiempo. La razón de sus trastornos mentales hay que buscarla en este caso no tanto en alteraciones genéticas, hereditarias o biológicas, como en disfunciones de la esfera de su intimidad anímico-espiritual. En definitiva, y según la revelación bíblica, Nabucodonosor es un hombre que sufre una enajenación mental (un extrañamiento de sí mismo) como consecuencia de la conciencia que llega a tener de sí mismo: se considera Dios (Daniel 3:1-7).

La alteración mental padecida por el rey Nabucodonosor ha sido descrita con el nombre de licantrópía (que se corresponde con la leyenda del "hombre lobo"). Hoy en día definiríamos las alteraciones psicopatológicas del personaje como aquel conjunto de síntomas que se corresponden con un síndrome o cuadro esquizofrénico: "En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes; y su cuerpo

se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves" (Daniel 4: 33).

La esquizofrenia es el trastorno mental más profundo y desestructurador del YO que un ser humano puede padecer. En la esquizofrenia se produce un trastorno de la conciencia, no en el sentido de que ésta se encuentre obnubilada u oscurecida, sino en el sentido de una ampliación del campo de la misma. En definitiva, lo que ocurre es que contenidos reprimidos a nivel inconsciente irrumpen de manera brusca e inopinada en el campo del YO (conciencia), desestructurándolo y resquebrajándolo. Esta escisión o rotura del YO permite que el enfermo adquiera nuevas dimensiones o visiones de sí mismo y de la realidad. En el caso de la locura de Nabucodonosor, la enfermedad mental que sufre le sirve para adquirir una conciencia de Dios que no tenía. La Biblia nos enseña (y en diversas ocasiones hemos escrito sobre este tema) que la imagen de Dios, por el hecho de la caída, ha sido reprimida, sacada fuera del campo de la conciencia y reducida al ámbito de los contenidos arquetípicos inconscientes (Romanos 1: 18-23). El brote esquizofrénico que sufre el rey Nabucodonosor es el medio por el cual llega al verdadero conocimiento de Dios, a través de la locura: "Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo (ampliación del campo de su conciencia y nueva dimensión de la misma), y mi razón me fue devuelta ("y recobré la razón"; "mi juicio me fue restituido"); y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta... Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia" (Daniel 4: 34-37).

La experiencia vivida por Nabucodonosor contiene una lección sobre la cual nos convendría meditar: cómo algunos de los trastornos y enfermedades más graves y profundos que un ser humano puede padecer son medios de los que Dios puede servirse para que el hombre alcance un verdadero conocimiento de Él y pueda realizarse de manera plena y trascendente.